

Violencia y simbolismo en Venezuela. Imaginarios, memoria e identidad cultural

Violence and symbolism in Venezuela. Imaginaries, memory and cultural identity

Ma. Isabel Maldonado

mimsg@yahoo.es

Universidad Latinoamericana del Caribe. Caracas - Venezuela.

Recibido: 13-08-2020

Aceptado: 20-11-2020

Resumen

El propósito de esta investigación es estudiar los imaginarios del pueblo venezolano para dilucidar el proceso de formación y construcción de la identidad cultural. Qué nos identifica y qué somos como pueblo será la interrogante a resolver. La reflexión es crucial pues se trata de entender la génesis y estructura y la interculturalidad de una nación forjada a partir de la resistencia cultural y la construcción de una utopía posible. Para esto tomaremos como punto de partida el siglo XIX venezolano el análisis del discurso como método emancipador, ocupó un momento trascendental a partir de la resemantización de los valores conservadores y evolucionistas que se entronizaron y que obstaculizaban el camino de la construcción de la República. Se obtuvo la presente reflexión: El pensamiento revolucionario venezolano, encarnado por Simón Bolívar y Manuel Carlos Piar, estuvo influenciado por la filosofía de la Ilustración, este movimiento se oponía a la tiranía y reclamaba la integración y modelización de la memoria colectiva del país. Venezuela ha sido una cultura de la contestación, de la diatriba, de la disputa y de la búsqueda de la verdad. La identidad cultural venezolana comenzó por definirse como negatividad, como furia de la destrucción, oponerse al invasor, romper las cadenas de la opresión significó activar la multidiversidad de pareceres y perspectivas que nos representan como pueblo dispar. La historia como mito ha adoptado la fuerza de un hombre que no se arredró ante los sacrificios que la patria requería de los militares activos militantes y del ideario Republicano.

Palabras Clave: Simbolismo, Imaginarios, Memoria; Identidad Cultural.

Abstract

The purpose of this research is to study the imagery of the Venezuelan people to elucidate the process of formation and construction of cultural identity. What identifies us and what we are as a people will be the question to be solved. Reflection is crucial because it is about understanding the genesis and structure and interculturality of a nation built from cultural resistance and the construction of a possible utopia. For this we will take the analysis of discourse as an emancipatory method as the starting point of the Venezuelan nineteenth century, it occupied a transcendental moment from the resemantization of conservative and evolutionary values that were enthroned and that hindered the path of the construction of the Republic. The present reflection was obtained: Venezuelan revolutionary thought, embodied by Simón Bolívar and Manuel Carlos Piar, was influenced by the philosophy of the Enlightenment; this movement opposed tyranny and demanded the integration and modeling of the country's collective memory. Venezuela has been a culture of contestation, diatribe, dispute, and the search for truth. Venezuelan cultural identity began by defining itself as negativity, as the fury of destruction, opposing the invader, breaking the chains of oppression meant activating the multiversity of opinions and perspectives that represent us as disparate people. History as a myth has adopted the strength of a man who did not shy away from the sacrifices that the motherland required of the active military militants and the Republican ideology.

Key Words: Symbolism, Imaginary, Memory; Cultural identity.

Introducción

A Bolívar se le ha estudiado como un estadista, quien tuvo una profunda marca de la Filosofía de la Ilustración, sin embargo la traza de memoria que nos define proviene de una tradición libertaria que vio luz, además de Bolívar, en las espadas de Santiago Mariño, de Sucre, de Manuel Carlos Piar, entre otros; este último encarnó – si nos atenemos al decir – un proyecto de emancipación que representaba la honda huella emanada y legada de los pardos. Piar fue un disiente de Bolívar y lo paga con la muerte. Sería acusado por el Libertador, en Angostura en 1817, de deslealtad al proceso revolucionario. El Libertador lo tilda de ambicioso y de haber desconocido al gobierno, además de renegar de su madre la mulata María Isabel Gómez. Proclamaba Bolívar un día después de su muerte:

El general Piar ha infringido las leyes, ha desobedecido al gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huido como un cobarde; así pues él se ha puesto fuera de la ley: su destrucción es un deber y su destructor un bienhechor (Aguirre, 1962: 177).

La proclama de Bolívar del 17 de octubre de 1817, lo presenta como alguien que puede causar una guerra social insubordinando a los pardos. Este proceso es de importancia en la definición de los perfiles psicológicos e institucionales de un pueblo que sabe que su origen étnico es diverso. La memoria colectiva se ha amalgamado como manifestación de valores y creencias que nos definen en la expresión de una actividad revolucionaria que busca lo que Bolívar ha llamado suprema felicidad. El patrimonio cultural sería evidenciado por los valores, las convicciones y la herencia histórica que nos permiten vivir juntos.

Piar es acusado por los seguidores de Bolívar de querer asesinarle, a decir de Bolívar él, al renegar de su origen, no conocía de los sentimientos del género humano. Su muerte dividió y sigue convocando a una discusión cuyo parámetro fundamental es la justicia.

El mundo que define la identidad colectiva del pueblo venezolano se expresa en términos de la disputa. José Tomás Boves destruyó el país en 1814, este hombre había azuzado la guerra social. Las fuerzas sociales mayoritarias del país habían sido convocadas al fratricidio. De aquel caldo antropológico surge Venezuela, en el territorio comenzaba a estructurarse una unidad nacional. Bolívar utilizó su lenguaje para descalificar a Piar, lo señaló como hijo de extranjeros y como un ser inconforme, la patria había sido obsequiosa con él, permitiéndole alcanzar los más altos estrados de la gloria. La Antropóloga Yolanda Salas (2004), en su libro *Manuel Piar, el héroe de múltiples rostros*, nos dirá que el verbo destemplado del Libertador lo descalifica invocando las fuerzas del cielo para justificar la necesidad de su muerte, se le consideró un sedicioso.

En aquel miasma que es y será el país comienzan a delinearse las fuerzas históricas de una nación marcada por las tradiciones indígenas, africanas y españolas. La historiografía tradicional muy pronto comenzaría su proceso de invisibilización de Manuel Carlos Piar, posteriormente lo haría con Zamora. Estas figuras desterradas de la memoria colectiva han sido recluidas en un limbo existencial que los ubica como traidores, no merecedores incluso del Campo Santo, fue el caso de Piar, Hildelisa Cabello Requena, en su libro *Manuel Piar y su trance* al más allá, nos ha dicho que la propia iglesia no lo colocó en el libro de defunciones, su cuerpo se le entregó a la tierra sin que fuera bendecido. Se ha resaltado desde un ideario positivista, con el fin de resarcirlo, la idea de que este hombre venía de una reconocida estirpe noble, Tavera Acosta desde ese lugar explicativo trata de reivindicar su genio y luminosa

estrella. Ser militar activo al servicio de una patria significaba renunciar a llevar una vida cómoda.

Un hombre como Manuel Piar estuvo permanentemente cortejado de los peligros de la muerte. El héroe de la batalla de Juncal y San Félix tuvo que sortear obstáculos y sufrir físicamente. Para la historia patria el caso de Piar no es un expediente cerrado. En lo factico su historia terminaría con su fusilamiento, pero allí se estimula y fortalece la subjetividad y opinión de un hombre que deja defensores de un nuevo imaginario lingüístico. Con Piar se abren de nuevo los surcos internos de la patria. Las historias de vida, tendrán la palabra para reivindicarlo en su justa majestad. Reconocerlo en su valor no significa desconocer a Bolívar, sino abrir una nueva ventana de comprensión que nos permita saber de su valor y de su permanencia.

Con respecto al punto antes tratado, la noción de estructura y mito trabajada por Claude Lévi-Strauss es vital para la comprensión de la subjetividad y héroes venezolanos, pues en la aplicación de su método de comprensión se hacen presentes: el psicoanálisis, la geología, el estructuralismo y el marxismo. Con respecto al primero de los métodos se da la explicación de las regiones arcanas del inconsciente. El método estructural examina la historia tomando en cuenta los criterios arqueológicos de estratificación de los acontecimientos, el estructuralismo esgrime como método y elemento de comprensión la idea de sistema. Lo interesante de todo es que no hay quien quiera defender hoy la figura de Piar, este héroe aparece algunas veces como villano.

No nos toca tomar una posición unilineal con respecto a su concepción de lo histórico, sino realizar un arqueo fenomenológico de aquella historia de vida y ha sido el pueblo mismo quien se ha comprometido a mantenerla perennemente viva, pues da la oportunidad de estudiar la conciencia histórica como posibilidad, como desobediencia. Adjetivar la gesta de Piar calificándolo de desertor, de intrigante, de ambicioso del poder político, es truncar una visión del mundo bastante compleja, pues podríamos terminar por las fuerzas de las cosas arrinconándolo en la esquina del miedo, haciéndonos eco de las consideraciones del Libertador; quien lo sataniza de tal manera que hasta la fecha ni entra al Panteón Nacional, ni es considerado un paradigma importante de la nacionalidad, según la historiografía oficial.

La subjetivación y lectura que le dio el Libertador a la figura de Piar lo ha vuelto un personaje que todos saben de su valor, de su entereza, de su heroísmo, pero que a la vez, nadie quiere arriesgarse a reconocer y aquí de nuevo se expresa el culto a Bolívar.

Piar, como lo ha expresado Yolanda Salas, ha sido maltratado por la historia nacional, se le ha encasillado como un *enfant terrible* de donde nadie se ha atrevido a liberarlo, hacerlo sería contravenir la figura tutelar de Bolívar. Para el héroe de San Félix no han existido ni los honores en panteón, ni las dispensas, lo cual ha impedido que la decisión del Libertador sea analizada con criterio crítico. Este peso que carga la conciencia política y filosófica del país lo arrastra desde 1817. Para Piar no hubo funerales, ni misas, se le encadenó al silencio y al olvido. Su voz y su existencia revelan la diferenciación social y sentires incomparables que tenían la posibilidad de estallar.

Desde el punto de vista de la constitución y fundamentación de los mitos y de la explicación de cómo estos actúan en el siquismo del pueblo venezolano, encontramos una honda religiosidad vinculada a un pensamiento mágico en las lecturas que este pueblo tiene de su propia historia y de sus tradiciones. La gesta independentista sin lugar a dudas animada y sostenida por los

ideales de la Ilustración, se vio enriquecida por las propias historias de vida y las creencias que los venezolanos han tenido de su historia.

El pueblo venezolano es una hibridación de raíces, subjetividades y cosmovisiones, de diferentes lecturas de las realidades socio-históricas. La gran mayoría de las situaciones históricas se explican acudiendo al pensamiento tradicional, sin embargo la aparición de la modernidad ha pretendido borrar la honda huella de un pueblo que la guerra de independencia y las posteriores contiendas civiles sincretizaron alrededor de los sentimientos de paz, justicia y libertad.

La libertad venezolana se delineó desde la epopeya como lo ha descrito la antropología tradicional y la historia romántica. Lo fundamental en la construcción de las subjetividades pareció residenciarse en la lógica de la pasión encarnada esta como historia de vida. La insurgencia contra el poder estatuido se ha definido no solo en la historia propiamente empírica, sino en los valores y en la construcción de un cuerpo de creencias que han sincretizado lo cristiano-católico, lo indígena y lo africano. Piar fue un héroe del “pardaje” de esa manera era definido el mestizaje, este último se expresa en la cotidianidad en la existencia de deidades pertenecientes a distintas tradiciones que amalgaman y dan sentido al plexo cultural de la vida histórica de los venezolanos.

La cultura venezolana se puede definir como resistencia cultural e histórica ante todos los procesos de colonización que se nos han pretendido imponer. Dentro de las discursividades de la contestación subsisten lenguajes forjados a la luz de las utopías independentistas y del riesgo que tomaron los adalides de la libertad pues nunca se resignaron a recibir ni las cadenas, ni la represión con beneplácito.

El positivismo concibió la historia atada a las creencias genéticas, su idea constante ha sido el blanqueamiento y la búsqueda de la exactitud y la objetividad. Nunca para esta teoría hubo un resquicio fundamentador, ni orientador de los papeles de la subjetividad en la construcción de la historia. Las metodologías antipositivistas deben ser ante todo antiempíricas y darles fuerza y contenido al valor de las creencias, al arrojo, a la pasión y a la creatividad. El patrimonio cultural que forma la memoria colectiva del pueblo venezolano está arraigado en la síntesis creadora de hombres y culturas donde cobran tenor el pensamiento mágico y la pasión por la historia.

Voces identitarias

Es fundamental entender la significación histórica que a la memoria colectiva le confieren sus hacedores, los valores son el sustrato sobre el cual se levantan sus juicios. En general en las voces anónimas vive lo que la historia escrita no ha querido recoger, o no ha podido hacerlo debido a los intereses ideológicos y políticos que privan en un momento determinado. Las amarras de los contenidos de las significaciones son más laxas en la informalidad del habla, que en el rigor de la lengua o de la página escrita. La grafía se asume como evidencia de la seriedad y de la corrección científica.

Las instituciones defienden su seriedad asumiendo su neutralidad axiológica. El discurso académico resguardaría la objetividad de sus investigaciones, olvidándose que todo conocimiento está mediado por el punto de vista del investigador. La fenomenología se asume, de acuerdo a Edmundo Husserl, como suspensión del juicio, la epojé permitiría describir e ir a

las cosas mismas desligándose de las marcas del positivismo que termina por declinar sus armas ante la imposibilidad de comprender su propio método de conocimiento.

Simón Bolívar y Manuel Piar suscitan en la historia nacional venezolana posturas irreconciliables, el pasado sigue hablando a la memoria de los hombres del presente. En el juicio y los argumentos que se esgrimen entran a discutirse posiciones incontrovertibles de una historia que cada quien evalúa de acuerdo a sus valores y creencias y que no podemos empujar, ni modificar porque el pasado ya no está, ni lo podemos adaptar a lo que hubiésemos querido que fuera. La disputa entre Bolívar y Piar pasa a formar parte del espíritu inquieto del pueblo venezolano. La vida de estos dos hombres señala la estatutaria de un país en formación decidido a ser libre. El siglo XIX venezolano estuvo marcado por la exploración permanente, por los gestos heroicos y sobre todo por la convicción de que la identidad cultural era irrenunciable.

La libertad debía partir de la decisión de sacudirnos del yugo español y así se hizo. El polvo de las sabanas, de los manglares, de los acantilados, de los ríos, y de los precipicios vieron caer a millares de hombres que no creían en el despotismo que impuso la metrópolis española en estas tierras. Mucha sangre había sido derramada impunemente en la pretensión de continuar sometiendo a una América que ya estaba preparada para liberarse de las cadenas de la opresión. Nuestros héroes se formaron en lo inesperado, en su mayoría habían nacido en la Capitanía General de Venezuela, desde allí empujaban el carro de la historia para que la emancipación fuera un hecho concreto.

El caso de Piar, la historia oral lo ha considerado un acontecimiento silenciado. Al decir de Yolanda Salas, en el decurso de dos siglos y medio, se han contrapuesto las versiones de los historiadores que defienden la posición oficial del Libertador con la opinión del pueblo. Este fusilamiento se considera como un juicio amañado. El asunto no es totalmente transparente. Piar es fusilado de acuerdo al juicio que le instruyó Bolívar por desertor, por sedición y por traición a la patria, el asunto fue que ya Bolívar le había concedido la baja del ejército.

La historia oral se expresa en términos dicotómicos en relación al par proposicional justicia–injusticia. Las razones que se esgrimen es que Piar en 1816 no quería reconocer a Bolívar como jefe único del Ejército Libertador, sin embargo Piar lo defiende en la Asamblea efectuada en Barcelona el mismo año, en la cual se pretendía desconocer la autoridad del Libertador vistas las múltiples derrotas que venía sufriendo el ejército bajo su mando. En relación a la conquista del sur de Venezuela, Bolívar no estuvo de acuerdo, a lo que Piar hizo caso omiso. Piar es declarado General por sus tropas en el campo de la batalla de San Félix, decisión refrendada por Bolívar.

Después de la victoria en El Juncal y de San Félix, Piar llama a Bolívar a incorporarse a la Campaña del Sur. Bolívar toma posesión del mando y lo designa como administrador en las misiones de Caroní, situación que termina por excluirlo. La decisión de fusilar a Piar despertó pasiones encontradas, muchos soldados desertaron del Ejército Libertador de Guayana que había conformado Piar, se comenta que en el mismo juicio de Piar, un guerrero, Timoteo Díaz, cuando el fiscal Carlos Soublette leía las declaraciones de los testigos convocados al juicio, le espetó, «yo no he dicho eso que usted escribió, yo no sé leer ni escribir, pero esa no fue mi declaración, Piar es inocente» (Salas, 2004: 75).

Aquellos días estuvieron conturbados de pasiones, la prudencia no era lo que estaba más cerca, cada quien creía tener la razón en sus manos. Yolanda Salas señala que en el habla, en

la memoria histórica oral se contraponen las consideraciones que objetan las razones del fusilamiento de Piar y más aún, aquellas que lo han dejado fuera de los honores y que no lo han considerado digno de los grandes reconocimientos. Piar ha terminado siendo un héroe sin patria, sin rumbo y sin tumba.

Las leyendas que subsisten sobre Piar apuntan a radiografiarlo como un mártir, a quien las voliciones perversas de la oligarquía venezolana lo excluyen del seno y pertenencia de las familias de abolengo reconocidas para la época. Muchas leyendas en torno a este tema forman parte de los imaginarios de la nación.

Se podría terminar sospechando que la conspiración del mantuanaje persiguió a este héroe. Se ha hablado de una identidad usurpada y de acuerdo a esto nunca habría sido presentado en los registros de Curazao, sino que María Isabel Gómez, su madre, quien perdió un hijo llamado Manuel María Francisco, le habría atribuido la identidad del hijo desaparecido. La partida de bautismo encontrada en Curazao por el Padre William Brada (Franciscano) nos plantea muchas dudas. Por el ordenamiento jurídico de la época no era posible la unión matrimonial entre dos castas diferentes, recordemos que Fernando Piar de oficio marino mercante había nacido en Tenerife.

A María Isabel Gómez, mulata de origen curazoleño, su marido Fernando Piar, le impone a Manuel Carlos como su hijo – según la versión histórica-fabulada de Francisco Herrera Luque. Otro elemento de duda sobre el héroe es su filiación matrimonial con María Martha Boom, celebrada a la edad de 24 años en el castillo de Ámsterdam (Curazao) el 8 de abril de 1798, arista difícil de describir, pues para la época el matrimonio entre castas distintas y menos aún oficiarlo en un castillo era imposible. Cada quien pareciera tener su versión de este hombre de invaluable méritos militares y patrióticos. Piar conjura el halo gris que se había cernido sobre los patriotas, sobre todo en aquel año de 1814, tan fatídico para la vida histórica del pueblo venezolano. Piar defendió a la República contra las fuerzas de José Tomás Boves en la localidad del Salado en Cumaná. Sin embargo, Bolívar en su proclama de 1817 dirigida a los soldados, lo desmerita acusándolo de desleal y traidor, carente de humanidad.

Las reflexiones y análisis que Bolívar hace sobre el héroe de Chirica consideran que fue un hombre que no representaba la nobleza de espíritu que requiere la carrera de militar. Se le pinta como un engendro que renegaba del vientre que lo había traído a la vida. El argumento pasa por alto los servicios invaluable que le había prestado a la patria, incluso llega a decir Bolívar, en su proclama de 1817, que había muchos otros soldados que por sus esfuerzos y acciones eran más dignos que este hombre para tener sus méritos militares.

Las consejas del siglo XIX aseveraban que Piar tenía una filiación clara con la oligarquía venezolana, pues era hijo de Soledad Belén Xérez de Aristigueta, con un príncipe de Braganza que estuvo en Caracas, versión que asoma Herrera Luque, al decir que su abuelo había tenido la partida de bautismo de Piar en sus manos. Se ha abonado el terreno diciendo que posiblemente el padre fue Juan Vicente Bolívar o Marcos Ribas Betancourt, padre de José Félix Ribas.

Al parecer nació en el Monasterio de las Madres Concepciones, en lo que es hoy el Palacio Federal de Gobierno. Allí los Xérez Aristigueta le entregarían a la comadrona María Isabel Gómez, un bebé de nombre Manuel, el cual fue criado en la isla de Curazao. La historia oficial, al contrario de esta versión, registrará como su padre legítimo al marino Fernando Piar, nacido en Tenerife y a la curazoleña María Isabel Gómez. Las especulaciones en torno a este héroe

han sido profusas, la subjetividad e imaginario popular dicen que su auténtico padre fue el príncipe portugués, quien vigiló su educación en la isla.

Nuestro héroe dominaba varios idiomas: el inglés, el francés, el holandés, el castellano y el papiamentu. Desde muy joven Piar se enroló en la defensa de la causa mirandina, su formación naval lo tornó un gran timonel de la patria. Este joven no había sido un recién llegado a la defensa de la nación, combatió al lado de Miranda, luego de la caída de la Segunda República y ante la llegada de Boves al oriente del país se desterró en Curazao. La represión española con los patriotas fue bárbara. Las diferencias con Bolívar parecerían venir de otro caudal, de la admiración de Piar a la idea del federalismo.

Se estarían entonces contraponiendo la idea federalista al centralismo de Bolívar. La idea de un solo gobierno fuerte e incontestable estaría creando un mando cesarista. Se ha pensado que esto condujo a ahondar diferencias abismales entre estos dos héroes. Otros elementos importantes que se observó hacia Piar fue la conducta racista de aquellos hombres que luchaban por un supremo proyecto de libertad. José Francisco Bermúdez en Cariaco le lanza un sablazo a Piar por haberlo encontrado hablando con su hermana. Se comenta también que Bolívar en privado cuando el General no estaba lo llamaba el Pardo.

Sin duda estaríamos ante un Bolívar seguidor de las ideas de la Ilustración, su apuesta era que la razón corregiría los entuertos en que vivían las sociedades americanas, y de otro lado encontramos un discurso más inclusivo, el de Piar, que fomentaría la posibilidad de fundar una sociedad donde las diferencias de razas y de castas quedarían abolidas. Las proclamas de Piar en Upata y en las poblaciones indígenas de las misiones, les estaría prometiendo la igualdad ante la ley y el sacudimiento del yugo español. La severidad de los Capuchinos hacía los indígenas los había reducido a la esclavitud.

La tesis de Yolanda Salas, levantadas sobre la proclama de Bolívar, recuperan el argumento que Piar, en Venezuela, no era más que un extranjero. Esa postura es difícil de eludir por los historiadores teniendo en cuenta que en el proceso emancipador del país participaron muchos extranjeros.

Las ejecuciones de José María España, de Pedro Gual, quien murió envenenado en Trinidad y de José Félix Ribas fusilado en Tucupido y desmembrado, cuya cabeza fue enviada a Caracas y freída en aceite para ser exhibida en la puerta de Caracas para aterrorizar a los desobedientes de las instituciones monárquicas, indicaban que aquello sería una guerra sangrienta. España nunca estuvo dispuesta a que los territorios invadidos se independizaran.

Se ha asomado la idea de que la partida de bautismo registrada en el convento en el cual nace Piar fue desaparecida por mandato del General Antonio Guzmán Blanco, quien presuntamente habría hecho forjar otra acta de nacimiento en Curazao. La existencia de un hijo bastardo enlodaba a su familia, era inconcebible en la mentalidad de la época que una mantuana procreara un hijo sin haberse casado. La historia tradicional, siguiendo los argumentos de Bolívar, ha tipificado a Piar como un hombre que quiso atizar el odio de castas. De todas formas el juicio de fusilamiento de Piar fue mediado por las rencillas y diferencias que existían en el bloque patriótico. En el alma de muchos soldados había comenzado a incubarse el recelo hacia aquel militar de conducción brillante de las tropas independentistas.

Piar fue un soldado rebelde que no aceptaba órdenes a ciegas, él pasó a Guayana contraviniendo los deseos de Bolívar. El Libertador se había quejado de que desobedeciendo

su mandato no había acudido en su auxilio en Barcelona. En verdad que para ese entonces no había una compacta unidad de mando. Los libertadores orientales, los Bermúdez, Mariño, Arismendi y el propio Piar no seguían a pie juntillas las disposiciones del jefe caraqueño.

De todas formas es necesario destacar que aquella sociedad que estaba en ruptura con la cultura colonial aún no había solidificado nuevos valores. En el juicio que se le siguió a Piar, este ripostó que su caso estaba forjado de calumnias, «la del árbol genealógico que falsa y maliciosamente se supuso encontrado en mis papeles» (Salas, 2004: 310), todo había sido planificado para su ruina. El camino del psiquismo venezolano de aquella época nos pone sobre la pista de las limitantes que presentaban aquellos valores sectarios sobre la moral y el honor.

La consciencia política de Piar desde su mocedad estuvo vinculada al proceso emancipatorio de España. Su madre fue deportada por considerarla sospechosa de colaboración del alzamiento de la Guaira que llevaron adelante Gual y España. Aquel levantamiento ideológicamente estuvo inspirado en las ideas de Picornel, quien estaba encerrado en las mazmorras de la Guaira. Picornel pretendía liberar Venezuela del yugo español, una vez fracasada la rebelión de la Guaira logró huir hasta Curazao. La propia madre de Piar fue detenida y expulsada de la Capitanía General Venezuela. Piar encuentra inspiración en esas ideas y en las de Francisco de Miranda.

Los líderes del proceso emancipatorio lo consideraban un hombre que daba mala espina, según lo expresado en una carta de Juan Bautista Arismendi a Bolívar. ¿Vista la conducta y los escritos de los líderes independentistas, se podría presumir una conjura del mantuanaje contra Piar? El hecho concreto fue que Piar visionó la importancia que tenía la liberación de Guayana, allí yacía un bastión importante de recursos que le eran esenciales al aprovisionamiento de la República, finalmente logra hacer de Guayana su fortaleza. La batalla de San Félix fue la derrota definitiva del Imperio español en Guayana. Después del triunfo de la Meseta de Chirica el 11 de abril de 1817, el 16 del mismo mes, los realistas evacuaron a Angostura. El brigadier realista La Torre se marchó derrotado a Puerto Rico.

Metódica

El análisis del discurso y el arquetipo histórico que Piar representaba era el del pardaje, el de los excluidos, los rizomas de su pensamiento y de su vida mostraban los elementos identitarios de un país que se estaba conformando en la multidiversidad cultural de sectores que no habían sido incluidos: los negros, los indígenas, los extranjeros. La proclama de Bolívar lo arrincona, pues los filamentos de su criterio de exclusión los muestra, al decir que Piar era extranjero, pero a pesar de ello había conquistado los grados militares que tenía. Con esa reflexión Bolívar trata de magnificar la grandeza de las instituciones nacientes que él representaba.

Sobre la figura de Piar, las aguas se han encrespado, el pueblo de Guayana lo considera su Libertador. Hay reproche hacia Bolívar por esta decisión. Es una historia que continua acaeciéndose en la interioridad de cada quien. La decisión del Tribunal de Guerra que lo condenó, nunca fue aceptada por el pueblo. Piar se muestra en el imaginario colectivo como un General desobediente de las decisiones de Bolívar, pues tuvo sus propios criterios sobre cómo debía ser la independencia.

Yolanda Salas – utilizando las versiones y los recursos que nos da la historia – logra construir una imagen del héroe que emana de los propios criterios del pueblo guayanés, el cual lo adoptó como su guía espiritual. Piar múltiples veces se sacrificó por aquella tierra. La historia

oficial ha magnificado a sus mentores, en Venezuela se ha cultivado el culto a la personalidad. Desde Antonio Guzmán Blanco el culto a Bolívar se hizo una religión civil. Ese criterio de análisis le presta un flaco favor a la historia científica.

La historia mitologizada hace posible que los héroes asuman el rostro que más nos conviene, de tal manera que terminan siendo figuras ejemplares santificados y despojados de sus propias voliciones y pasiones. La historia oficial venezolana ha seguido persistiendo y tratando a Piar con los argumentos que sostuvo el mantuanaje en el siglo XIX. Se le consideró un peligro para el orden social instituido.

... se le registra en los documentos de su época que lo ubican en el estamento de los pardos y lo definen como sujeto peligroso e insubordinado, que en sus tiempos pretendió liderizar un movimiento subversivo de la gente de color contra los blancos, en particular los mantuanos, poniendo en peligro la estabilidad del orden social y político de la República en vías de formación. (Salas, 2004: 112).

Existen episodios que nos hablan de la discriminación étnica y social que sufrió el General Piar. Los criollos, entre ellos Bermúdez, lo llamaban El Pardo. Como ya se ha referido, el General sucrense lo maltrato por encontrarlo socializando con su hermana, hecho que recoge y expresa la distancia racial que hombres como Bermúdez tenían con la plebe, señalando la distancia de clase que debía existir entre gente que no pertenecía al mismo rango social. Para la época los prejuicios no permitían desarrollar la amistad, ni alianzas familiares o matrimoniales entre sectores tan distantes.

Piar fue un hombre traicionado, algunos de sus propios soldados lo mal pusieron con Bolívar, muchos de estos lo acusan de transformarse en el combate, del hombre cauto y moderado pasaba a la intrepidez, a la prepotencia y al insulto. Algunos de sus contemporáneos sostienen que sus subalternos sentían que nunca podrían igualarlo en coraje, en honor, en suspicacia frente al enemigo y decidieron colocarse del otro lado de sus creencias. Hombres como su coterráneo Brion, conspiraron en su contra, otro tanto haría José Antonio Anzoátegui. Santiago Mariño, Arismendi y Bermúdez observaron la misma conducta.

En el Congresillo de Cariaco los enemigos de Bolívar lo desobedecieron y desconocieron su autoridad. Tal vez meditó mucho el Libertador para no condenarlos y llevarlos a la solución final, al igual que el mismo, estos hombres pertenecían al mantuanaje. Piar en cambio nunca gozó de esas prerrogativas, conspiró al lado de estos militares porque pensaba que una autoridad única y plenipotenciaria convocaba al cesarismo. Piar por el contrario fue un soldado forjado en las fraguas de las batallas. Por su proveniencia social era más fácil ajusticiarlo, ninguno de los jerarcas sociales saldría en su defensa y esa parece ser la vía escogida por Bolívar. Tanto a Mariño, como a Arismendi y Bermúdez se les dispensó el desconocimiento de la autoridad del Libertador, eso no sucedería con el héroe de Chirica.

Es menester referir que entre José Francisco Bermúdez y Piar existían profundas diferencias. El primero le endilgaba la responsabilidad de la muerte de José Bernardo Bermúdez, su hermano. Producto de las disputas y diferencias entre estos hombres dividieron sus ejércitos. Bermúdez se marchó y sería presa fácil de los realistas. José Bernardo fue pasado por las armas saliendo gravemente herido, gracias a la intervención de hombres importantes del pueblo ante el General realista Cerveri, se le perdonó la vida, mal herido se le recluyó en una casa donde se le atendió para su recuperación, a los 8 días fue ajusticiado por los enemigos de la República en su propio lecho de enfermo. La deslealtad que sufrió Piar de Manuel Sedeño en Aragua de Maturín fue proverbial, lo detuvo con un contingente de 60 soldados, lo condujo a

Angostura para que se entrevistase con Bolívar, allí sería ejecutado y como dice la liturgia muerto y sepultado.

Bolívar para imponer definitivamente su autoridad debía fusilar a Piar, en ese momento la mala racha había caído sobre el Libertador, de su brillante Campaña Admirable en 1813 pasó a sufrir descalabros inmensos, el año 1814 del siglo XIX había sido muy desafortunado para la patria, Boves parecía indetenible. La emigración a oriente y las disputas entre los líderes patriotas introdujeron un componente nefasto en aquella lucha por la emancipación.

La decisión de fusilar a Piar ha sido controvertida, para tener la excusa de armar el juicio se le acusa de traidor a la patria, sedicioso y de querer hacer estallar una guerra de castas. Las preguntas que nos vienen a la mente, son por qué después de expedirle el pasaporte a Piar y de habersele otorgado la baja se le acusa de querer insubordinar a las fuerzas armadas. Piar nunca pactó con los españoles para entregarle la República. Muy al contrario abrió el espacio hacia Guayana por considerar que esta tierra poseía los recursos económicos necesarios para sostener el ejército Libertador.

Manuel Piar es considerado como el auténtico Paladín de Guayana. Se piensa, que con su paso, por esa región la situación de sumisión de sus hombres comenzaría a cambiar. Los indígenas habían sido sometidos impunemente por los curas capuchinos catalanes, de hecho la victoria de San Félix se les debe en buena parte a los flecheros indígenas. Piar posibilita la construcción de la nacionalidad, Guayana iba a aportar los recursos económicos necesarios para obtener el triunfo, de allí se van a abrir las ventanas que harán posible el Congreso de Angostura, el nacimiento de Colombia y su posterior confirmación como República en el Congreso de Cúcuta.

Salas en sus investigaciones de campo, recogiendo la memoria oral, sus sentires y sus sueños recupera a un Piar y un Bolívar que se expresarían en dos tenores distintos. Piar sería el transgresor, el prócer de origen mestizo, confeccionado en la infracción, en lo ilegítimo. Bolívar por su parte representaría la legitimidad y la propuesta de un nuevo orden con el cual estaría comprometida la parte más racional del mantuanaje. Los tiempos sin duda habían cambiado, la esclavitud como institución era insostenible. Esa institución no les resultaba rentable a los amos. Los esclavos fueron dejados a la buena de Dios en la calle y sin ninguna manera de reproducir su vida material.

Las versiones orales hablan de un Piar vinculado al pardaje, vocero de los indígenas, de los esclavos y de los que nunca habían tenido voz. Se habla igualmente de la desaparición misteriosa de su cuerpo. Se sostiene que fue descuartizado y sumergido en el Orinoco, otras versiones testimonian que fue enterrado en el solar de unos amigos suyos. Se dice que la hermana de Soublette fue una de las que recogió su cuerpo después de ser fusilado. La profesora Hildelisa Cabello Requena sostendrá en su libro Manuel Piar y su trance al más allá, que el nudo gordiano de la muerte de Piar estuvo dado en que el sacramental católico de las exequias, establecía desde el Concilio de Trento, que los muertos por violencia, los suicidas, los que se ahorcaban, los que se envenenaban, los muertos productos de una peste, no podían ser enterrados ni bendecidos en los cementerios católicos.

Sin duda aquellas horas de profunda violencia y de poca información fueron el acicate para que se tejieran una multiplicidad de especulaciones sobre el cadáver de Piar. Había comenzado la hora de lo imponderable. Piar se convertía en una leyenda, sin padres conocidos, sin patria cierta, sin lugar confirmado de su sepultura. La historia oficial desde su panóptica ha decidido

mantener las opiniones de Bolívar, quien lo declaró desertor del ejército a pesar de haberle otorgado la baja y un pasaporte para que se pudiese marchar del país.

Piar fue satanizado por Bolívar, un día después de su muerte escribe una proclama donde lo pinta como un traidor a la patria. Otras versiones dirán que

Piar representa la secularización del discurso histórico; Bolívar la sacralización del poder y del lenguaje que refiere su historia. La conquista de Guayana emprendida por Piar no fue fruto de un golpe de azar sino de un plan preconcebido bajo una acertada estrategia guerrera; Bolívar fue el predestinado que sustituyó a Piar en el poder. Piar fue fiel a la jefatura de Bolívar, nunca un traidor; los traidores fueron los acompañantes de Bolívar. Piar es un héroe traicionado acusado de traidor... (Salas, 2004: 136).

La tradición ha pensado que producto de la envidia y la animadversión Bolívar era constantemente indispuesto contra el héroe de Chirica, Juan Francisco Sánchez, en correspondencia dirigida a Bolívar, acusa a Piar de conspirar contra el orden público. El afán destructivo que al parecer se tuvo hacia Piar, según versiones orales pareciera provenir de los éxitos permanentes que este General tuvo que para algunos patriotas era inaceptable. Piar representaba la defensa del des-olvido al cual el poder central sometió a las provincias, encarnaba la lucha contra el poder tutelar, sería una voz de la heterodoxia que fue creando ronchas entre el sector que aspiraba al poder. La historiografía ha versionado el fusilamiento de Piar como un pase de factura radical hacia un hombre que todo lo había dado por la libertad de las colonias españolas.

En verdad es difícil aceptar el razonamiento de Bolívar que lo exhibe como un traidor a la patria. Sostener que fue un desertor es absurdo, habiéndole Bolívar otorgado la baja del ejército. Se ha querido sostener que Piar quería entregarle el territorio de Guayana a Brasil, a raíz de la elucubración de que fue hijo de un príncipe de Braganza. Todos los caminos señalados lo quieren presentar como un desleal. Las anteriores reflexiones se oponen a las voces del pueblo. El General Piar gozó de plena simpatía entre la población, más aún entre los indígenas de las misiones del Caroní quienes les estaban en extremo agradecidos por haberlos liberado del yugo de los padres capuchinos.

Desde el punto de vista de la estrategia militar la decisión de Piar de emancipar a Guayana fue acertada, esto facilitaba poner las riquezas de la región al servicio de la consolidación de la tercera República. El río Orinoco, para Piar, era un factor cardinal pues facilitaba el comercio con las Antillas y con las otras provincias. Desde Guyana se surtían reses, mulas, caballos, frutas, cueros a las fuerzas republicanas. Piar sacó la guerra de la región norte y central del país. Lo que habría que examinar son los imaginarios de los jefes patriotas, quienes consideraban al héroe de Chirica como un pardo. Llama la atención el hecho de que Bolívar sustanciara un tribunal militar que actuó a la velocidad del rayo para condenar a Piar y no hizo lo mismo con Mariño y Bermúdez, quienes estuvieron en la disidencia. Habría que agregar a esto el perdón que Bolívar le otorgó a Francisco de Paula Santander; quien fue uno de los artífices del atentado septembrino que sufrió Bolívar en Bogotá.

El General Piar a lo largo de la historia ha sufrido toda clase de acusaciones, se presume que él iba a ser el artífice de la guerra social. Se ha sostenido que este hombre soliviantaba los ánimos de la plebe. El hecho cierto es que transcurridos más de 200 años de su muerte, aún no se tiene certeza de donde reposan sus cenizas. En el libro *Manuel Piar y su trance al más allá* de la profesora Hildelisa Cabello Requena, en un examen lógico del Acta de Fusilamiento de Piar, muestra con claridad que José Ignacio Pulido (Jefe de Actas), una vez leída la

sentencia se retiró del sitio donde iba a ser ajusticiado Piar. Carlos Soublette (Fiscal Acusador) esgrimió razones de salud para no estar presente. Hildelisa Cabello presume, de la afirmación del acta en cuestión, que ni Pulido, ni Soublette estuvieron allí para dar fe del acto de entierro de los restos del Prócer. Muchas hipótesis se manejan al respecto, una de ellas es que fue descuartizado y lanzado al Orinoco. El hecho concreto es que no se conoce que en la historia haya existido una decisión de Estado para esclarecer que pasó con el cadáver de Piar.

En este drama humano e histórico nos encontramos que el resquemor hacia Piar continúa, se le ha negado la consagración del Panteón Nacional. El héroe de Chirica ha sido excluido de manera insólita de las honras que merece. Este hombre forma parte de la religiosidad y del imaginario de Guayana, en esa tierra es considerado su Libertador. Piar ganó la batalla de San Félix por desarrollar la estrategia militar adecuada, El General La Torre no pudo con la bravura y el empuje del héroe de Chirica. El lenguaje de Piar fue antiimperialista y de un profundo justicialismo. A pesar de la radicalidad de Bolívar en *El Discurso de Angostura*, sus peticiones de integración racial no fueron tenidas en cuenta por la oligarquía, hubo que esperar hasta 1854 para que se hiciese posible la libertad de los negros.

El fusilamiento de Piar fue una acción que tuvo severas consecuencias en las tropas, muchísimos de sus soldados optaron por abandonar el ejército, los más cercanos fueron perseguidos y reprimidos. El General Piar había penetrado profundamente las fibras patrióticas y humanas de sus soldados. Piar estuvo ligado a sentimientos identitarios. A pesar del ostracismo este hombre sigue viviendo en la memoria colectiva del pueblo venezolano y más aún en los sentimientos de los guyaneses, fue desproporcionado acusar de traidor a un combatiente que venció a los españoles en la batalla de Juncal. La mitad de la población caraqueña pereció en la emigración a oriente, los desplazados fueron atacados por enfermedades infectocontagiosas y las fieras salvajes. La única derrota que sufrió Piar la tuvo en Cumaná en 1814.

Inmediatamente que Bolívar pasa a Angostura empieza el calvario de Piar. Se le separa del mando de la tropa y se le envía a las misiones del Caroní, esa decisión, Piar, no la considera justa, las exigencias realizadas por Bolívar de caballos y de carne para sostener al ejército le parecen desproporcionadas, un petitorio de 1200 mulas, desde su punto de vista es una incongruencia, arrasaría con los criaderos de estos animales. Allí comienzan sus roces con el cura y soldado José Félix Blanco; quien para colmo era familiar de Bolívar. Ya habían comenzado las horas de la desgracia del General Piar.

Bolívar había separado a Piar de la conducción del ejército, en su lugar Bolívar le otorgaría el mando a José Francisco Bermúdez. Las desavenencias entre estos dos generales eran claramente conocidas por todos. Bermúdez despreciaba a Piar por Pardo. Piar siente que se ha orquestado una conjura contra él, sospechaba cuál sería su destino y por eso huye de Guayana utilizando el río Orinoco.

Bolívar decide prontamente enviar a Manuel Sedeño a detener a Piar en Aragua de Maturín. Se sostiene que Piar azuzaba los ánimos de la tropa en contra de Bolívar. Las evidencias de muchos de los declarantes en el juicio que se le instruyó, sostienen que Piar los había convocado a desconocer la autoridad suprema de Bolívar, por considerar que el trato que se les daba a los soldados era desconsiderado y poco cordial. Dos visiones del mundo contrarias se enfrentan. Los mantuanos en ningún momento se iban a dejar arrebatarse el dominio por aquel proceso de desobediencia que comenzaba por el pardaje.

Piar pensaba que se iba a estructurar una República mantuana, donde los pardos que era la población mayoritaria en aquel momento, no tenían cabida en la dirección y mando de la nueva sociedad que se intentaba establecer. Posiblemente Piar por sus proezas era odiado por sus compañeros de armas, cuando intenta que Mariño le expida un nuevo pasaporte para marcharse del país este le niega esa ayuda. Bolívar necesitaba ejercer el imperio del mando absoluto y temía la insubordinación y el desconocimiento de su tropa. Se sentía compelido a establecer una pauta aleccionadora que dejara claro que todo aquel que desobedeciera a sus órdenes sería pasado por las armas.

Al parecer Piar fue el eslabón más débil por su procedencia popular. De hecho ha podido sacrificar por sus continuas desobediencias a Bermúdez y Santiago Mariño y no lo hizo, tal vez primó en ello su pertenencia al mantuanaje. Bolívar había decidido obviar el Congresillo de Cariaco y no desgastarse en aquella banal discusión.

De hecho, las diferencias entre los patriotas comenzaron a incubarse desde el principio. Bolívar y Piar partían de una lectura que tenía una base común matricial que era la ruptura con España y con su Estado totalitario, pero por otro lado, Piar atacaba y repudiaba a aquellos patriotas orientales que cedieron a la petición de Bolívar de reconocer su mando centralizado. Si bien es cierto que El Libertador propuso en 1817 en su *Discurso de Angostura* la libertad de los esclavos, esta no se llevaría a cabo sino años después en el gobierno de José Gregorio Monagas en 1854. Subsistió en muchos sectores del bloque patriótico el menosprecio a los negros y a los indígenas. Bolívar estuvo en las decisiones fundamentales lejos de los juicios de muchos de los hombres de su clase social, quienes no terminaban por sacudirse las cadenas ideológicas del *Ancien Régimefrançais*.

Nuevos imaginarios identitarios en formación

América Latina ha sido un continente profundamente marcado por la violencia. La presencia del colonizador dejó una honda huella de desgarramientos y luchas que se cristalizaron como etnocidio y genocidio. Las luchas republicanas de la fundación de la Primera, Segunda y Tercera República muestran a las claras las tensiones y enfrentamientos que los distintos sectores sociales, raciales e ideológicos tuvieron en aquel país que buscaba las vías de la emancipación.

América fue invadida en el siglo XV por el Imperio español, a sus costas llegaron todo tipo de aventureros, provenían en su mayoría de las cárceles y del malevaje, transitaban la mar oceánica en busca de un destino diferente al que vivían en la metrópolis. No buscaban exactamente un nuevo continente sino las rutas hacia la India, esta era el rumbo de las especias y de la seda. El grito de Rodrigo de Triana estaba abriendo un nuevo imaginario, la fusión paulatina entre los europeos, los amerindios y la población africana capturada para someterla al servilismo y a la esclavitud harían posible el forjamiento de un principio de identidad cultural creado desde el seno de una metrópolis como la España del siglo XV, donde predominaba como sistema de gobierno la monarquía. España reprodujo en las tierras que colonizó sus instituciones. El mundo americano había nacido en la desigualdad y en la violación de los derechos del hombre como se los llamaba para la época.

América se forjó sobre dos factores fundamentales para establecer el colonialismo: las armas y la iglesia católica. El apaciguamiento de las almas estaría encomendado a los Capuchinos, a los Franciscanos, a los Jesuitas. El catolicismo impuso sus preceptos y visiones del mundo. Aquellos pueblos no fueron presa fácil de los invasores, se rebelaron, resistirían hasta el final.

Los procedimientos impuestos por la institución militar emanaban de la pólvora y los arcabuces. Los recién llegados se habían encontrado con un continente inmensamente rico en perlas, en metales nobles, en frutos, en pescados y posteriormente en mulas, caballos y cueros. Las civilizaciones autóctonas fueron brutalizadas hasta el exterminio. Aquello duraría más de trescientos años. La rebelión de estos pueblos se manifestó desde el comienzo, pueblos enteros fueron arrasados por la bota de los españoles. En Venezuela un método común era el empalamiento de los indígenas que desobedecían las órdenes de los encomenderos. Los indígenas se levantaron por todos lados. Maraguey, Cacique intrépido, degolló en Cumaná a los curas dominicos y franciscanos pues los consideraba cómplices de las atrocidades de los encomenderos.

En el caso de Venezuela la riqueza de las perlas de Cubagua condujo a la depredación de aquella isla, cuya ciudad nació en 1500. En el siglo XVI se la llamó Nueva Cádiz y se le otorgó escudo de armas. Otro bastión de riqueza fue Guayana, allí el territorio se lo distribuyeron las diferentes misiones religiosas catalanas. El 7 de febrero de 1686 el Rey otorgó la orden de misionar, esta sería ratificada por Real Cédula del 29 de abril de 1687. Para los españoles los indígenas no tenían alma, precepto este establecido por la iglesia Salmantina y por Ginés de Sepúlveda. Matar o dejar vivir a un aborigen era un asunto secundario, en muchas ocasiones sus cuerpos sirvieron para aplacar el apetito feroz de los perros de presa. Fray Bartolomé de las Casas denunciaría esta situación.

El ideal patriótico fue el de la insurgencia, Venezuela era un polvorín. En Guayana donde el dominio lo tenía el Realismo, la chispa de bujía de la desobediencia la enciende Manuel Piar. El General Piar cavilaba que el río Orinoco otorgaba un beneficio extraordinario al comercio con los países extranjeros y para las provincias venezolanas, por eso decide incursionar en aquel territorio donde logró fortalecer al ejército Libertador. Esa decisión la tomó desobedeciendo a Simón Bolívar, quien pensaba que había que defender la Provincia de Barcelona. En Juncal triunfó Piar y lo hizo igualmente en tierra guayanesa en San Félix. Piar había sido maltratado desde el lenguaje por los propios jefes del movimiento insurreccional. Bolívar lo considera como un extranjero, en su proclama de 1817, decía que este hombre había sido honrado inmensamente por la República, incluso más que otros soldados que habían nacido en esta tierra, se señalaba que Piar sentía desprecio por el color de la piel de su madre. Bolívar lo calificaba como un engendro, que osaba despreciar a su progenitora por su raza.

No olvidemos que antropológicamente en Venezuela ejercían el predominio de un lado los colonizadores, luego estaban los mantuanos ubicados en el sector hegemónico como la segunda clase social que detentaba el poder, seguido de los blancos de orilla, los pardos, los negros esclavos y los indígenas. Aquella sociedad atrasada llegó a abrirle un expediente a Sebastián de Miranda, padre de Francisco de Miranda, por considerar que no gozaba de la limpieza de sangre establecida para desempeñar los cargos públicos. Sebastián habría sido nombrado por el Rey de España como oficial de la milicia de Blancos de Caracas. Esto exacerbó los ánimos entre el mantuanaje por considerar que sus orígenes eran oscuros. Había nacido en las Islas Canarias muy cercanas a África. Tanto el Marqués de Mijares, como Juan Nicolás de Ponte y Mijares, el Márquez del Toro, Martín Tovar y Blanco, Francisco Palacios y Sojo, Gabriel Bolívar y Arias y otros sostendrían que Miranda no podía portar el bastón de mando, ni usar uniforme militar. El mantuanaje consideraba ultrajado sus derechos legítimos a sostener el ethos aristocrático en el que se manejaba aquella sociedad.

Don Sebastián de Miranda había solicitado la opinión del Rey; quien lo había nombrado en el cargo, sobre todo porque el Cabildo de Caracas había decidido encarcelarlo si se atrevía a

llevar la vestimenta que usualmente usaba la oligarquía criolla. El susodicho juicio fue ganado por Miranda. El Rey establecería que quien ultrajará a este señor, por escrito, o de palabra irá a la cárcel. El Capitán General había dirigido un informe a las autoridades españolas instruyéndoles de las dificultades que habían suscitado el nombramiento de Miranda en Caracas.

La respuesta del Monarca, no solamente desautorizaba de manera contundente todas las actuaciones del Cabildo capitalino, incluyendo la persecución a Miranda por uso de uniforme, sino que además

... exigía perpetuo silencio sobre la indagación de la calidad del origen de Sebastián de Miranda, mandando a privar de sus empleos y condenando a severas penas a cualquier militar o individuo que por escrito, o de palabra lo motejara o no lo tratase en los mismos términos que acostumbraba anteriormente (Quintero, 2014: 11).

La matrona principal en su familia era recriminada por dedicarse al oficio de la producción del pan. El mantuanaje sentía repulsión por los trabajos manuales. Llamaba a Francisco de Miranda el hijo de la panadera. Aquellos prejuicios de la limpieza de sangre venían desde la metrópolis y tenían que ver en lo fundamental por el menosprecio que sentían las elites dominantes españolas por los judíos y por los musulmanes. En aquel tumulto muchos pensaron que los Miranda, por sus oficios, estaban vinculados con los hebreos. Se comenzaba a formar el imaginario y gramática con las cuales la elite dominante sometería al menosprecio y a la esclavitud a todos los demás estamentos sociales a los cuales consideraba inferiores.

Bolívar sostenía que el fusilamiento de Piar había sido necesario para evitar la guerra civil, pensaba que el General Piar se dedicaba a soliviantar los ánimos de la tropa causando efectos perniciosos para la República. No solo Piar fue fusilado, sus seguidores fueron derruidos, muchos de sus seguidores desertaron del ejército. Estos hechos podrían formar parte de la lógica de las pasiones que se exacerban en las rebeliones civiles. En la historia lo interesante está dado en que los relatos pueden ser presentados y estudiados desde los intereses que cada facción política presenta. La verdad definitiva pareciera tornarse movediza. La historia tradicional, apegada a la invulnerabilidad de los relatos de los vencedores, considera poco fiables aquellos testimonios que pongan en duda las conductas de los héroes triunfantes.

A Bolívar, quien indiscutiblemente fue un héroe intrépido y restreado con el ideario de construir una República, se le dispensan decisiones como la entrega de Miranda a Monteverde. En esa decisión estuvieron implicados el General De Las Casas y Miguel Peña. En el momento que Bolívar entrega a Miranda a Domingo Monteverde, no se había percatado que la traición De Las Casas a la República era inminente. Miguel Peña era un hombre calculador que aun no comulgando con los realistas, antepuso su salvación personal. Miranda fue apresado y de allí se le envió a Puerto Rico y luego a Cádiz. Monteverde justificaría ante las autoridades españolas, el pasaporte otorgado a Bolívar por haber colaborado con el Rey de España. El asunto crucial estuvo en que la Primera República tuvo una duración efímera. Al comienzo el propio mantuanaje pretendió, en la figura de Fernando del Toro, comandar los ejércitos libertarios, este en estado de invalidez y convaleciente por heridas de guerra rechazó tal ofrecimiento y fue entonces cuando se le entregó a Miranda el bastón de mando para que adelantase la defensa de la patria.

La guerra parece tolerarlo todo, cada cual desde las alturas del mundo ético defiende sus acciones. El asunto fue que Miguel Peña posteriormente se aliaría a las fuerzas reactivas que posibilitaron la disolución de Colombia la Grande. Peña era el consejero clave que en aquellos

momentos tuvo Páez. La Primera República cayó por diversas causas una de ellas fue que el propio Congreso venezolano censuró a Miranda por haber sido implacable en Valencia con los españoles, muchos fueron fusilados en juicios sumarios. Se le indicó regresar a Caracas para consulta con el Congreso, mientras esto ocurría las fuerzas realistas se robustecían. Lo que es necesario decir es que lo fundamental de la historia es ejercerla desde el juicio crítico y no asumirla como un hecho religioso que imposibilite el análisis sesudo.

Reflexión: El amanecer de la guerra de Castas

El análisis del patrimonio cultural e histórico de la nación necesita esclarecer, como lo realizó Juan Uslar Pietri en 1953 en París, que la Guerra Magna, nombre que se le ha dado a la independencia, implicó el miedo profundo que siempre subsistió en el espíritu de aquella elite que pretendía separarse de España, estos hombres temían al igualitarismo excesivo y que este llevase a saltar todas las barreras de contención que podían agrietar el equilibrio y la convivencialidad. Era frecuente la fuga de esclavos en las plantaciones, muchos de estos prófugos terminaban como criminales y salteadores de caminos. El discurso radical emancipador y libertario de Ribas y Bolívar en la Sociedad Patriótica, aterroriza a muchos de los negros esclavos, pues proponía la ruptura y la disolución de las cadenas, lo cual creaba incertidumbre por el futuro. Si detenemos nuestro escarpelo en la novela de Arturo Uslar Pietri *Las lanzas coloradas* encontraremos que aquel temor pronto se evidenciaría en aquella guerra difícil de emancipación que debieron afrontar Bolívar, Piar y los demás patriotas.

La conciencia histórica de los patriotas no era simétrica, hubo los que solo aspiraron a romper el vínculo económico-social colonial establecido por España, se temía a la guerra social, existieron otros que se radicalizaron. Las huestes de ambos bandos luchaban por la libertad, fue una guerra adelantada con fragor y con la ilusión de los hombres de ser libres. En *Las Lanzas coloradas* apenas Don Fernando Fonta se ausenta de su hacienda, su hermana es violada, y se dislocan todos los roles. Había estallado, a decir de Juan Uslar Pietri, una revolución niveladora. La diatriba pública y soterrada que existió entre Bolívar y Piar arrastraba en el alma estas heridas. De manera impetuosa el pueblo, mayoritariamente pardos y negros fueron arrastrados por la sapiencia de los hombres de la Sociedad Patriótica

No [los miembros de la Sociedad patriótica] podían prever en aquel momento la sublimación espiritual que estaban abriendo las compuertas del alud igualitario que debía ahogarlos a todos por igual. No podían imaginarse que aquellos mismos esclavos siguiendo los emblemas revolucionarios de Andresote, de José Leonardo Chirino y del Negro Miguel, guiados por capataces, pulperos y contrabandistas aprovechando las libertades por ellos inconscientemente propagadas, fueran en un arrebatado de furor igualitario a asesinar a sus mujeres, a sus hijos y a ellos mismo... (Pietri, 1962: 22).

Es importante resaltar que el siglo XVIII en Venezuela estuvo marcado por las pasiones libertarias. Aquella sociedad que estuvo dormida por 300 años empieza a encontrar un rumbo y una esperanza por la cual vivir. Los negros cimarrones, los pardos y los indígenas libres soñaban que aquel mundo totalitario en el cual habían crecido debía desaparecer. Sus familias fueron brutalizadas de manera inclemente. Se había desarrollado una sociedad desigual que se debía superar, las luchas intestinas se intensificaron. El clero español atenaza en la conciencia de los hombres los valores de aquella época. Miranda sin duda influyó en Piar, los fundamentos de la mentalidad sumisa comenzaban a derrumbarse, el viejo mundo estaba a punto de expirar, para que eso ocurriera los diques debían romperse, aquella sociedad se fracturó, comenzaba a nacer una utopía armada, daba igual correr riesgo o no hacerlo, la

libertad y el entusiasmo convocaban al sacrificio y las masas analfabetas del pueblo estuvieron prestas a padecerlo.

La historiografía tradicional ha relatado los hechos de aquella Venezuela con arreglo a sus fines. Se ha manejado la idea de que los llaneros, los negros cimarrones, los indígenas y los pardos se movían impulsados por la vehemencia de su furor y no por la racionalidad. En aquel mundo la guerra se planteaba como necesidad, los caminos del éxito y la prosperidad estaban cerrados para todos. Las diferencias sociales eran abismales, casi no había escuelas públicas. Los mantuanos sentían desprecio por los trabajos manuales y por todos aquellos que lo realizaban. Se jugaba la idea del destino histórico y cada quien lo comenzó con el ideario que representaba su salvación. La idea de unidad nacional era casi una quimera, los caminos difíciles, los montes escarpados, la llanura insondable constituía el principal obstáculo para la comunicación. Solo permeaban las tinieblas de aquella sociedad los documentos que llegaban a tierra firme a través de los mares. El Club de la Sociedad Patriótica pudo leer el discurso de la modernidad – encarnado en los enciclopedistas – mediante el influjo de Miranda. En relación a los patriotas del oriente y Coro recibían información de las islas del Caribe.

Grandes sucesos estaban acaeciendo en el mundo en aquel siglo XIX, unos estaban dados por la liberación de las colonias británicas y otros por la revolución francesa. Las instituciones que nos regían como pueblo estaban en extremo periclitadas. Hombres como Francisco de Miranda tuvieron que salir del país en busca de un futuro mejor, los prejuicios del mantuanaje no lo dejaban desarrollarse como comerciante acaudalado, como fue el caso de su padre. Cada vez que eran hostilizados nuestros patriotas, encontraban refugio en las islas del Caribe, allí negociaban armas, hacían contactos políticos esenciales para llevar a cabo sus proyectos y se nutrían de la literatura revolucionaria en boga en la época. Los EEUU comenzaban a plantearse la posibilidad de ser ellos los que comandasen los destinos de aquel archipiélago de islas tan necesarias para el comercio de sus productos. América había sido saqueada por las ambiciones del imperialismo.

Bolívar lo había señalado en su Carta de Jamaica, los nacidos en América habían sido privados del derecho a confeccionar sus destinos, eran hombres de segunda, no tenían derechos a ser gobernadores, Obispos etc. Aquel mundo se debía sobrepasar, residíamos a merced de la tiranía.

La invasión de España por Francia y la presencia como Rey de José Bonaparte, hizo posible que las cadenas de la opresión comenzaran a hacerse dúctiles. El patriciado caraqueño se dividió en dos vertientes, los defensores de Fernando VII y los desobedientes, los que apostarían todo por la suprema libertad. Nuestros próceres apostaron y se adhirieron a la dialéctica de la negatividad, esta tuvo su cuerpo fundamental en la filosofía de la fuerza histórica, la lucha por el poder era a muerte. A los próceres venezolanos no se les ocurrió en ningún momento dejarse seducir por los embaucadores de oficio. La España recuperada de la invasión francesa, nos enviaría militares como Domingo Monteverde y Pablo Morillo para que extirpasen el flagelo de los sueños de la soberanía.

Los venezolanos apostaríamos a las ideas de una revolución ecuménica, se acogieron las ideas de Alejandro Petión de hacer libres a los esclavos, se volvió a acorazar un ideario libertario que contó con hombres estelares como Guaicaipuro, Tiuna, Mara, Chacao, Yaracuy, Maragüey y muchos otros. La ocupación de nuestros territorios se hizo a sangre y fuego, acá luchó Andresote, José Leonardo Chirino, Miguel de Buría, igualmente Martín Espinoza, el Indio Rangel, estos hombres encarnaron el espíritu de un pueblo bravío que no se iba a dejar

someter. Se había afianzado en Venezuela la desobediencia, todo el mundo comenzó a considerar tener derecho a ser libre, el costo social en las haciendas, plantaciones y hatos era extremo, difícil era dominar los alzamientos. Los propios canarios en los Teques se sublevaron, en el alma de estos hombres dormía el desprecio perpetuo a que habían sido sometidos por los mantuanos.

Los canarios eran acusados de no poseer linaje para el mando. La Santa Inquisición, desde la metrópolis los había acusado de judíos. Aquellos que en lo religioso se habían hecho conversos eran tratados con desprecio, no eran considerados hombres blancos y por lo tanto eran sospechosos de ser mahometanos. Todas las pesadillas que habían pesado sobre el espíritu español viajaron al nuevo mundo. No había familia en América que no quisiese casar a sus hijas con un Conde, Vizconde, Príncipe, o Marqués con el fin de mejorar la posición social, o la raza, en todo caso. Las luchas entre los propios personeros de la construcción de la República fueron enconadas, la nobleza criolla no consideraba al Generalísimo Francisco de Miranda un igual, para estos seres ser gobernados por un plebeyo era un horror, preferían las cadenas y el yugo despótico que la indignidad de someterse a un hombre que no pertenecía a su propia clase social, conspiraron y lo hicieron de tal manera que el thanatos de los marqueses de alpargata se impuso, luchaban contra la plebeyización de las instituciones de la República. Aquella sociedad se había constituido en un marasmo donde privaba la total anomia. Los curas estuvieron visiblemente disgustados contra las leyes de la Primera República pues los llevaba a perder sus privilegios.

El poder eclesiástico prefería la continuación del dominio colonial pues las nuevas leyes pretendían equipararlos al hombre normal, no gozarían de privilegios especiales ante los tribunales. Ellos habían heredado del poder español grandes propiedades de tierras. El nuevo credo hería al Dios de occidente en su fe y primaban las leyes del intelecto de la razón histórica. El asunto era que había comenzado la guerra de castas. En Valencia los canarios se habían acorazado con petos de hierro, amenazantes del poder constituido de los revolucionarios criollos, volcarían las fuerzas de los esclavos y los pardos contra sus amos. Los que controlaban el sistema de producción como dueños de haciendas y propiedades eran los grandes cacaos. Se avecinaba la guerra civil. Las furias del odio tomarían fuerzas, los negros se organizaron en Barlovento y avanzaban hacia Caracas matando blancos. El resentimiento era de esperarse, el mantuanaje controlaban la economía como dueños de haciendas, ellos eran los enemigos de los ideales que fundamentaban la rebelión.

La República por la cual se les exigía que se inmolasen, nada parecía en los hechos concretos ofrecerles. Juan Uslar Pietri esgrime causas simbólicas y materiales que explicarían la derrota de aquel proyecto civil. Miranda había sido desacreditado por el Congreso de la República como un iluminado descontextualizado de la vida del país. El Marqués del Toro – como lo ha señalado Mariano Picón Salas, en su ensayo sobre Miranda – era una nulidad, había perdido todas las batallas. Cuando el Congreso de la República le exigió reclutar gente en los llanos para el ejército, fue incapaz de hacerlo, se vio compelido a marcharse a Curazao. Bolívar temió en 1817 la revuelta de los pardos y ordenó constituir el tribunal que fusiló a Piar. Evitar la constitución de una República conducida por el pardaje estaba dentro de sus objetivos, en el año 1812 vivió la Guerra de Castas. No fusilaría con su Decreto de Guerra a Muerte a la oligarquía que colaboró con Monteverde en la derrota de Miranda. No podía suprimir a toda la oligarquía de la cual provenía.

En el bando patriota militaron cabezas calientes como José Félix Ribas, este comprendió desde el primer momento que Venezuela vivía una guerra sin cuartel, la marea de las fuerzas

históricas luchaba sin que nadie pudiera detenerla. La piedad no era posible en una situación tan desarreglada, por eso cuando Miranda lo nombra Comandante Militar de la ciudad de Caracas, reprime a la enfurecida oposición contra la República con tal fuerza que las quejas no se harían esperar. Miranda no solo tendría que luchar contra los realistas, sino contra la atrasada oligarquía de su época. La moral pública fue apabullada por las pasiones. Miranda fue condenado a los rigores de la prisión, el General De Las Casas, Miguel Peña y el propio Bolívar lo entregaron a Monteverde.

Muchos juicios se han hecho sobre la entrega de Miranda, se llegó a pensar que esto se hizo porque el General De las Casas quería apropiarse de los 10 mil pesos que le había prestado el Marqués de Casa León al General Miranda luego de su capitulación, otros dicen que la saña vino de Miguel Peña, hombre taimado y calculador que quiso congraciarse con Domingo Monteverde. Otras versiones inculparán a Bolívar de esta acción, el hecho cierto fue que los dados y la suerte comenzaron a correr en contra del Generalísimo. Cada quien cuenta la historia a su manera, o desde su óptica. El hecho cierto fue que los estragos de aquella guerra había hundido a Venezuela en las putrefactas Bóvedas de las desgracias. Juan Uslar nos hace saber que aquellos isleños toscos que llegaron con Monteverde a las ciudades de Venezuela, no hacían más que vejar y atropellar al personal civil. La mínima infracción o error de comunicación eran propicios para la ejecución de los pobladores.

Por otro lado, nadie podría detener a aquellos hombres negros y pardos que provenientes de las galeras más sombrías de la vida social se habían lanzado contra el buen hacer y la convivencia. Los canarios guardaban en Venezuela sus odios ancestrales contra los peninsulares. La guerra de independencia volvió a despertar esos bajos instintos. Los Generales isleños y peninsulares, como Domingo Monteverde, Boves, Rosete, Zuazola en muchos casos actuando por mano propia, no respetaron armisticios, ni acuerdos, fue una guerra sin cuartel de unos rupestres forajidos contra la sociedad civil. La guerra era sin duda un hecho popular, las tropas de los caudillos estuvieron integradas por la diversidad más vasta del alma humana.

Los soldados de aquellas odiseas eran semi-analfabetos que actuaban con toda la libertad, su emulación venía directamente del taita como denominaba a Boves, Herrera Luque, eran hombres del pastoreo, de poco hablar, acostumbrados a las faenas de los hatos, eran expertos en la curtiembre, en el ordeño del ganado, sentían la reverencia que se tiene ante un dios, ante la figura invencible del jefe, este les ofrecía riquezas, les hablaba de cerca, compartían con él su cotidianidad. Así forjó el asturiano su ejército infernal. Una causalidad de la vida lo llevó a las huestes realistas, los patriotas lo consideraron como un sujeto peligroso, entre otras cosas, por haber versionado en el pueblo de Calabozo, la derrota que habían sufrido los patriotas en 1812. Eso le ocasionaría el trago amargo de padecer prisión.

Boves había desatado en el llano la demencia racial, sus huestes eran mayoritariamente de pardos, negros y mulatos, sus ejércitos combatían con pasión y aniquilaban con furia a sus enemigos. Aquella guerra de castas no conocía la piedad. La hecatombe la sembraron los blancos en la opinión de Boves, ellos habían atizados los odios de castas, su sistema social era excluyente, todo aquel que no pudiese demostrar su limpieza de sangre no tenía derecho al estudio, para aquellos hombres la idea de ciudadano no existía, se había instalado en estas tierras una sociedad intolerante, de privilegios

El propio vicario de los ejércitos de Boves, escarmentado por los desmanes de su jefe escribía al Rey de España un memoria, donde exponía los peligros que representaban los negros en Venezuela, memorial este que escribió, como es entendido, poco después

de la muerte del caudillo llanero; en él decía “para contener sus designios, los de (los pardos y negros) parece preciso que, a más de permanecer allí cuatro o cinco mil hombres de tropa española, se supriman las milicias de pardos, negros y blancos recogiendo las armas (Pietri, 1962: 100).

La propuesta del Presbítero José Ambrosio Llamas era melancólica, añoraba ver florecer un mundo que allí no existía, la realidad fue que los dominados de la tierra mantenían una clara superioridad numérica en relación a los mantuanos, muchos de ellos comprendieron que el fuego sagrado del poder lo suministraban las armas, estas eran el único medio de hacerse respetar por aquellas almas atormentadas, sedientas de venganza. Todo aquello era el producto de más de trescientos años de opresión, de barbarie y de discriminación. El mantuanaje fue una clase social resistente a remozarse, en su mayoría deseaban la independencia por sentirse frustrados en el manejo del poder omnímodo que ejercía España. Los intereses del mantuanaje y la de los tenderos y comerciantes isleños eran diferentes. El Dios testamentario del catolicismo ultramontano de la oligarquía era refractario a cualquiera licencia con respecto a la movilidad social. En el seno de las clases dominantes se observaban claras fracturas, aspiraciones y modos de existencia diferentes.

La guerra comenzó a permear a aquella sociedad atrasada, simples pulperos de pueblo se elevaría en un abrir y cerrar de ojos a jefes políticos. No eran los hombres que podrían significar la civilidad, los que administraban la cosa pública. El pequeño comerciante se encumbró, el jefe espiritual de todo aquello era Boves, espueleaba su caballo y salía al ruedo a desafiar al destino, en muchas batallas fue herido. Juan Uslar refiere que Rosete, de simple pulpero de Camatagua, pasó a ser comandante de los ejércitos del Rey y a dirigir las tropas de los Valles del Tuy, los monstruos dormidos del dolor, esta vez alimentados por el odio, emergían para el desquite, afloraba el rencor mil veces guardado, abundaron las violaciones, los ultrajes, la desproporción. La ebriedad condujo el frenesí y los bajos instintos de aquellos hombres. América se había hecho irrefrenable para España. La villa de Caracas era un precioso trofeo para cometer fechorías, para hacer saltar los fundamentos del entendimiento.

El pueblo de Caracas salió apesadumbrado a esquivar a aquel hombre irrefrenable y sanguinario que fue Boves. Su población caminó entre los desfiladeros y las fieras anhelantes de sangre que darían cuentas de cientos de ellos. Aquella caravana, que marchaba hacia la falesas de la vida, padeció en el trayecto hacia oriente la disentería, el tifus y las enfermedades infectocontagiosas. El ejército infernal llegado a Cumaná masacraría a la familia del General Sucre y a centenares de lugareños. La guerra era un abismo insondable donde había privado hasta aquel momento el sarcasmo de Boves. El ansia de este hombre fue el exterminio, no existían los armisticios, para él la paz era un percance, su sed de sangre era insaciable. Heridas profundas no dejaban descansar su conciencia, se alió con lo más putrefacto de las tinieblas, los jefes de sus legiones no eran más que carniceros. No conocía el recato metafísico ante los símbolos del occidente católico. Úrica sería el aposento de su alma en pena, el silencio de un alma que nunca quiso la eternidad.

La anomia y la guerra de Castas

Boves había despertado inusualmente la rabia reprimida de aquella sociedad envilecida, a punta de lanzazos y de degollinas se hacía obedecer. Impuso la desobediencia a cualquier tipo de orden que regulara la vida civil. Se había impuesto como un Dios tutelar que manejaba los asuntos públicos con el imperio del resentimiento. Se hacía acompañar de lugartenientes acostumbrados al manotazo y al saqueo de las ciudades. Como lo refiere Juan Uslar, el mismo

General Juan Manuel Cajigal fue desobedecido por este pulpero, dejándolo sin mando, lo relegó a la plaza de Puerto Cabello.

Los hombres del asturiano provenían de los esclavos o de los mayordomos de hacienda, al penetrar a los pueblos y ciudades los dejaba cometer todo tipo de tropelías. Los jefes españoles que combatían a su lado en su mayoría eran pulperos devenidos en la tempestad de la guerra en jefes militares. La muerte de Boves imprime un nuevo rumbo a la guerra, los alzados, la plebe insolentada que detentó el poder y las decisiones, fue desconocida al decir de J. Uslar por Pablo Morillo. España no quería mantener aquel tipo de sociedad que había surgido de manera inusitada, pues desdecía de los rangos y estamentos que la metrópoli había establecido. La identidad que había hecho posible el movimiento de la guerra debía ser borrada, los sargentones, los facinerosos devenidos generales, amparados en sus crímenes y en su hostilidad hacia los blancos, no le convenían a nadie. Lo más importante para los jefes de aquellas hordas de combatientes resentidos, fue exterminar a los blancos, así lo hicieron en los llanos, en San Mateo, en Calabozo, en Valencia, en Caracas, en los pueblos de la costa y en el oriente del país. Todos temían ser víctimas del desatino de los improvisados jefes.

La República anhelada era la del pardaje, los mantuanos no comulgaban con las visiones esquizofrénicas de aquellos soldados que no conocían de los buenos hábitos de vida, sus frases estaban llenas de insolencia, aquel destino nadie lo reclamaba, ni Dios, ni la religión, ni la familia podía detener a aquellos hombres que vivieron la soberbia del poder tan solo por poco tiempo. Los roces entre José Tomás Boves y Francisco Tomás Morales daban cuenta de una convivencia difícil de ser llevada a cabo, Venezuela era hija del azar, de las embestidas de los caudillos. Liberar al país de sus tiranos para 1814 constituía una aspiración lejana. Las distancias de clase hacían de la institución militar un bunker impenetrable. Muerto Boves, en 1814 Bolívar enarbola con los otros jefes militares las banderas del pueblo. Emancipar al país exigía la incorporación de todos en la guerra. La victoria no iba a ser posible si esto no se realizaba. La guerra hasta esos momentos tomó un atajo fratricida, de exterminio. Cada quien se creía libertador, los ejércitos en un reciclar inconstante vencían y perdían.

La guerra era lisonjera, en una Venezuela donde no había trabajo, donde los caudillos convocaban a los hombres a la conflagración, ser soldado garantizaba la supervivencia. Los esclavos guardaban muchos recelos por el mantuanaje, como dueños de tierras eran los más cercanos opresores del pueblo. Aquella población en su gran mayoría no había sido escolarizada, los pardos constituían la mayoría. Las relaciones se daban en el esquema de orden – obediencia. Los esclavos fugitivos eran reprimidos ferozmente, aquello duró hasta que fue depuesto Fernando VII. El Rey abdicó en Bayona. España fue invadida por Bonaparte. Los criollos no aceptaban a una potencia como Francia rigiendo sus destinos. Las almas de los venezolanos se encaminan en dos vertientes, los defensores del Rey y aquellos que preconizaban la libertad. La fuerte influencia de la filosofía de la Ilustración comenzaba a ganar los espíritus de los caraqueños, ese sentimiento se diseminó por toda la patria. Se desconoció a Vicente Emparan como Capitán General y comienza a fraguarse la desobediencia social en jóvenes como José Félix Ribas, Bolívar, Francisco Salías Muñoz Tébar y muchos otros.

Referencias

- Cabello, H. (2017) *Manuel Piar y su trance al más allá*. Villa de Cura, Aragua, Venezuela: Editorial Miranda.
- Lievano Aguirre, I. (1962). *Bolívar (1783-1830): El visionario de la Gran Colombia y el Panamericanismo*. Ediciones LAVP. Disponible en <https://www.overdive.com>
- Quintero I. (2014). *El hijo de la panadera*. Caracas. Editorial Alfa. Colección Tropicós.

Salas, Y. (2004). *Manuel Piar, el héroe de múltiples rostros-una aproximación a la historia desde la perspectiva de la memoria colectiva*. Caracas: FUNDEF.

Uslar Pietri J. (1962) *Historia de la rebelión popular de 1814. Contribución al estudio de la historia de Venezuela*. Caracas: Ediciones Edime,

María Isabel Maldonado

Docente, Filósofo, Investigador, Ensayista, Autor y Articulista Docente UBV.

Doctor en Ciencias Sociales Francia – Universidad París 8 y Doctorando en Patrimonio Cultural, Universidad Latinoamericana del Caribe.

Caracas - Venezuela.